

CRONICA LITERARIA

LA SATIRA POLITICA EN CHILE, por Ricardo Donoso (Universitaria),

Por
ALONE

pasquines acompaña el nacimiento de la República.

Chilenos: ¿Queréis en todo acertar?
Pues, mirad, emplead las balas:
En el francesito Salas,
En Rojas y también Vial;
Nada tenéis que arriesgar
Y ellos menos que perder,
Pues su maestro Voltaire
Ya les tiene asegurado:
Resulta no ha de tener.

El verso aliviana la intención, pero, en buenas cuentas, incitan al asesinato de los Padres de la Patria. Como suena. Tal como Vial, Salas y Rojas, suben después a la picota Mackenna, Benavente, Portales, Campino, Vera, Argomedo, Blanco Encalada, en fin cuantos subieron después al pedestal y ahí se alzan en mármoles o bronce; porque, ciertamente, no escapan a la diatriba O'Higgins ni Carrera, Bulnes ni Montt.

Contra éstos diríase que el insulto se vuelve más personal, más procaz. A D. Victorino Garrido le dice un panfletista:

Tus crímenes, perfidias y sucesos
Nos brindan un asunto distinguido
Para seguir tu historia, forajido...

Son palabras, hasta cierto punto suaves y, comparadas con otras, no exentas de amabilidad. Allí por 1827, se había trabado un diálogo entre dos periódicos cuyos nombres prometían: uno se llamaba "El Hambriento", el otro "El Canalla". Por la pluma se calculará la clase de los pájaros.

Después de escucharlos un poco largamente, se experimenta impresión de alivio cuando se oye la voz de don José Joaquín de Mora, ingenioso, culto, incisivo, sin salvajismo:

El uno subió al poder
Con la intriga y la maldad;
El otro, sin saber cómo,
Lo sentaron donde está.
El uno cubiletea
El otro firma no más:
El uno se llama Diego
Y el otro José Tomás.

¿Quién no conoce las fáciles estrofas? Bello y

doña Mercedes Marín salieron, en ocasiones, a competir con el endiablado español; pero ni el sublime maestro ni la insignie señora tenían el pie ágil. Ella o él, no se sabe a punto fijo, arremetieron contra Blanco Encalada llamándolo Don Atrabiliario y diciendo:

De Yungay la gloria
dormir no lo deja
ni de Paucarpata
la memoria acerba...
Blanco replicó en una larga oración a la Virgen. Peñales entre varias cosas:

De la silla de Solón
a don Embrollo desvía;
y en Peñalolén escondía
su negra misantropía.

Don Embrollo era don Mariano Egaña, como Novoa era don Negocio. Esta costumbre de los apodos duró, según entendemos, hasta Errázuriz Echaurren, que los puso lapidarios. Los que en los comienzos del siglo se aplicaban a los prohombres nacionales carecían de amenidad. Entre ellos se llevó la palma de la virulencia —página 38— el coronel don Pedro Godoy que, desde el 25 de agosto de 1840, comienza a "dar a los moldes" su periódico "Guerra a la Tiranía", donde bautizó a sus adversarios políticos con los apodos más mortificantes. El Presidente Prieto, de quien D. José Joaquín de Mora había dicho que no pasaba de ser un asno acicalado, era el tío Abraham Asul; el general don Manuel Bulnes era un bey o jefe turco, habitualmente borracho, Bulke Borrache; don Mariano Egaña, el don Embrollo de Blanco Encalada, era llevado y traído bajo su apodo de Lord Callampa, con que lo había bautizado años antes don Manuel José Gandarillas; don Manuel Montt era el indicio de la Nueva Holanda y don José Miguel de la Barra, Justo Estay, del nombre de aquel agente secreto que tuvo el general San Martín en Chile durante los días de la organización del ejército de los Andes.

Dicen que don Manuel Bulke
amanece
casi todas las mañanas
con las ganas
que anochece.
Dicen que si lo eligen
Presidente
viene, embiste y abarraja...
La tinaja
de aguardiente.

Aludiendo a la constelación de los parientes que cubriría el firmamento administrativo con la nueva presidencia:

Un primo será fiscal,
el otro primo factor,
este primo general,
aquel primo embajador,
secretario el primo tal,
cronista el primo menor
¡y qué primos son, Dios mío!
Ni más ni menos que el tío.

Sigue cronológicamente a Godoy en celebridad y desenfado Juan Rafael Allende cuyo nombre surge, teñido ya de anticlericalismo por 1875, con "El Padre Cobos", y se consagra después con "El Padre Padilla", fraile de la misma insolente cofradía. Sus golpes, no obstante, observan cierta equidad, si vapulea a la gente de sotana, también las embiste contra el triángulo y el mandil. Donoso apunta que en sus versos halla las primeras alusiones a la masonería chilena. Su estilo se caracteriza por la fuerza. En 1885 Santa María lleva al Ministerio a don Isidoro Errázuriz.

¡Condorito en La Moneda!
¿Puede haber desgracia igual?
¡Paciencia Dios me conceda!
Esto es el Juicio Final.
Que en el Mapocho me ahogue
y que me destripe un toro
si, en llegando allá Isidoro,
no se escurre como azogue
todo el oro del Tesoro.

Resuena en las estrofas un tintineo de metal. Ese año reapareció "El Ferrocarrilito", parodia de "El Ferrocarril", más encarnizado todavía contra los conservadores y la Iglesia.

Atacaba por sistema, del modo más directo,

personal y desvergonzado, a sus enemigos de importancia y puede calcularse la que ya había adquirido el eminente orador, maestro de hablistas castellanos, don Juan Agustín Barriga, entonces muy joven, por esta andanada:

"Fanático sacristán —don Juan— anda siempre con esplin —Agustín— porque a echar no se le obliga —Barriga— siendo una pequeña hormiga —por su caletre y talento— se cree, empero, un elefante —don Juan Agustín Barriga—. Desde los pies hasta el moño —Pechoño— don Juan tiene la más rara —Cara—; que es ella a creer más aferrado —de perro—. Vete a la punta del cerro —con tu majadera charla —que nadie quiere aguantarla— pechoño cara de perro—. El clero a ladrar te obliga —Barriga— porque la Curia Chilena —llena— tu cabeza de jumento —de viento—, mucho decirte lo siento: —pero me hallo convencido— de que eres, fiato podrido —Barriga llena de viento".

Se ve que la estrofa obliga a violentar los conceptos para aludir al hombre de extraordinaria prestancia física, gallarda y señorial, que fué el orador de voz de plata; pero no se les puede negar a las estrofas soltura ni un ingenio canalla.

La irreverencia del periódico lo lleva, el 31 de agosto, en su tercer año de vida, a enderezar sus insultos contra un santo:

San Isidro Labrador,
estúpido chacarero
¿a qué viene este aguacero
después de tanto calor?
Del invierno en el rigor
por más que a miel y bizcocho
Santiago te puso chocho,
nos tuviste siempre a secas,
y ahora, huaso patas chuecas,
nos remojas el Dieciocho.

Es una indicación meteorológica de que, tras hermosos días de invierno, se vieron llegar, como acontece, lluvias primaverales.

Durante todo el siglo XIX, la sátira política, el mordaz humorismo "censor de las costumbres", que las "castiga riendo", perteneció de un modo casi exclusivo a tal o cual bando y arremetió implaca-

ble contra las personas, no respetó lo más recóndito de la vida privada, bajó al detalle del defecto físico, la cojera, el mal vestir, los titubeos de la pronunciación.

Santiago se resentía de la aldea.

Al crecer la población y desarrollarse, con la riqueza, los negocios, la sátira hubo de hacerse necesariamente menos circunscrita y alzar la voz para dirigirse a un público más amplio.

Es lo que simbolizan en este siglo tres grandes nombres del género: uno todavía en plena actualidad, Jorge Délano (Coke); los otros ya pertenecen a la historia: Armando Hinojosa y Pedro E. Gil.

Hay entre los últimos una delicada cuestión de paternidad que convendría ir deslindando, porque será cada día más confusa. Nunca cuidó Hinojosa de fijar sus derechos claramente. Era un bohemio ingenioso, descuidado, tipo del improvisador genial que marcha creando anécdotas, sembrando admiraciones, balanceado entre la literatura y la crónica social y derrocha el talento despreocupadamente. El otro ya reclama sello de autor. Y lo tiene a la vista, innegable. Pedro E. Gil, desde luego, dominaba el idioma, no solamente lo esgrimía de mano maestra, sino hasta pecó de purista, que es un noble pecar. No menos rápido, punzante y penetrante que el otro, compartió sus tareas en el inculto "Sin Sal", de famosa memoria, de liviana sonrisa. ¿Qué hicieron, qué no hicieron allí cada cual? Buen problema para investigadores.

Coke se ha expresado con el dibujo caricaturesco, no con la palabra prosaica o versificada. También esto indica los tiempos.

Pero los tres encarnan, como si dijéramos, al desarrollo en elevación de la antigua sátira, cuando abandona el personalismo estrecho y apunta a las grandes personalidades públicas, emprendiendo campañas, erradas o no, pero de interés nacional, sin mezclas turbias. El mismo acicate de la riqueza y su mayor difusión en las esferas bajas ha hecho prender esa degeneración de la sátira, su aspecto comercial, lucrativo y materialista; la prensa amarilla, voceadora de crímenes, rica en escándalos. Algunos la defienden. La consideran efecto morboso, pero necesario, al menos, inevitable, de la libertad; dicen que desahoga las malas pasiones por una válvula poco peligrosa y encauza los desperdicios sociales, librando al organismo de toxinas. Desempeñaría el papel de ciertas casas donde se admite lo que no puede evitarse, equivaldría a una especie de alcantarillado urbano.

Cierto. Pero esos "servicios públicos" no se exhiben ni destapan: la prensa amarilla, sensacionalista que satisface una necesidad irresistible, debería también observar un prudente clandestinaje.